

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los ar-
tículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio
postal interior. Lic. No. 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXVI — Bogotá, Agosto y Septiembre de 1941. — Nos. 353 y 354

La misión de la juventud

Es tal la confusión que reina en las aspiraciones de nuestra generación, que, en medio de los sentimientos que la agitan, es difícil encontrar un pensamiento dominante. Y, sin embargo, si interrogáis atentamente a los jóvenes, advertiréis que la mayor parte de ellos tienen un pensamiento común: que en la nueva senda que va a aparecer al otro lado de las colinas que limitan los remotos horizontes, los muchachos de hoy día representarán un importante papel.

¿Cuál es la misión de la juventud contemporánea?... Se ha dicho que la juventud es la edad en que los horizontes se aparecen sin límites, iluminados como están por los rayos del sol naciente de una existencia que promete larga duración; es la edad en que todo está animado por la savia primaveral, en que la plenitud de la vida se muestra en la frescura de las mejillas; es la edad de los nobles sentimientos, de los arranques gallardos, de las generosas aspiraciones; la edad en que el espíritu se abre a pensamientos serios y grandes; el corazón, a los sentimientos caballerescos; la voluntad, al trabajo, a la lucha, al sacrificio; la edad, en fin, en que se experimenta una necesidad intensa de mar-



char hacia adelante, de laborar, de progresar, de producir, de consagrarse a una empresa, de sacrificarse.

En esta edad en que todo en el alma vibra y canta, el hombre necesita un objeto, un ideal, o, como decía tan admirablemente el P. Didón, "ese no sé qué sublime, superior al individuo, que domina la Tierra; esa campana que no se ve, pero cuyo sonido lejano se oye; esa luz divina que hace más elevados los pensamientos; ese resorte, ese estímulo que da a la voluntad y a la actividad una fuerza infinita". No un ideal cualquiera, sino un ideal que responda a sus más bellas aspiraciones, un ideal que encuentre un eco simpático en todo su sér y del cual pueda enamorarse.

¿No es esto, en efecto, lo que observamos en la historia de la juventud francesa del siglo pasado, historia que parece una epopeya, y en la cual hallamos nombres que nos son tan caros?

Durante todo el pasado siglo la juventud persiguió un ideal. Primero lo vislumbró en medio de las batallas, en el centelleo de las bayonetas, bajo los pliegues de la bandera ennegrecida por la pólvora: este ideal fue la gloria. Luego vino el ideal literario: nunca había tenido la poesía tantos admiradores y tantos enamorados; parecía que toda alma juvenil encerraba una armoniosa lira que, a la menor emoción, vibraba y, sobre todo, lloraba, como esas arpas eólicas sujetas a las alas de las palomas que el soplo del céfiro y el rápido vuelo de estas graciosas aves hacen resonar. Casi al mismo tiempo la juventud se prendió de la libertad: la amó apasionadamente, no por sus cualidades, sino sólo por lo que tiene de deslumbradora. ¡Ay! ¡El mayo que plantó en las plazas públicas en honor de su amada, duró poco! Un rayo le tronchó. En su caída hirió a la juventud en el corazón y la dejó por mucho tiempo inerte y muda (1).

La juventud católica francesa despertó al fin, después de largo sueño. En todas partes dio señales de extraordinaria vitalidad. Tornó a hallar en el fondo de su corazón las santas energías del alma francesa. El ideal que perseguía era el de los antiguos paladines. Como en tiempos pretéritos, la

(1) Henry Reverdy: *Le rôle de la Jeunesse Catholique*, pág. 9

juventud luchaba en los campos de Francia por el Dios de sus padres.

El espectáculo de esos mancebos es de precioso consuelo en los momentos de amargura. Es el rayo de sol tras la tormenta. Unas cuantas ráfagas más de viento, y el cielo tornará a aparecer despejado y sereno. "Miro en torno mío, decía un día monsieur de Mun, y veo esa inmensa labor de la juventud, en que todo el entusiasmo de la fe, todos los recursos de la inteligencia y del estudio se unen para ponerse al servicio del pueblo, traducidos en una exaltación de amor hacia él, en una sed de justicia admirablemente sincera y desinteresada, en un afán insaciable de rescatar almas; observo, comparo, y creo que, a despecho de todas las amarguras, nuestra época no es una época maldita; creo que, a despecho de nuestras derrotas, no somos unos vencidos y que, en este renacimiento imprevisto, el inesperado resurgimiento de nuestras energías, la actividad incansable, es precisamente lo que exaspera y enloquece a nuestros eternos adversarios. Creo que ellos son los únicos dignos de compasión, los únicos irremediabilmente vencidos, los únicos que se resignan a la impotencia, que se entregan a la molicie y toman la inacción por la paz, en tanto que los afortunados, los favorecidos por la suerte, aquellos a quienes pertenece el porvenir, son esos hombres amantes de la lucha y del combate, a quienes las tempestades de su época han obligado a tomar parte en la batalla, para la cual se encontraban perfectamente armados" (2).

La juventud contemporánea puede repetir estas palabras del conde de Montalembert: "En una época en que nadie sabe en qué emplear su vida, en que ninguna causa merece la abnegación que gravitaba antes como un peso abrumador sobre nuestros corazones inactivos, hemos hallado al fin una que sólo vive de sacrificio y de fe". Esta causa, que tiene todo el prestigio de lo antiguo y todo el encanto de la juventud, es la de la Iglesia católica.

¿Habrà causa más digna de suscitar la abnegación y de

(2) Discurso pronunciado en el Círculo del Luxemburgo, en París.

despertar los entusiasmos que duermen en el fondo de toda alma juvenil?

Lo que se nos pide es que trabajemos por Dios, que hagamos respetar sus derechos sagrados y tratemos de hacerle triunfar en las diferentes esferas en que la Providencia nos ha colocado; lo que se nos pide es que llevemos a los pies de Cristo, con nuestras palabras, con nuestros ejemplos y con nuestra persuasión, a esas pobres almas extraviadas por la pasión y ofuscadas por doctrinas perversas; lo que se nos pide es que oponamos como un dique nuestra vida pura y sin tacha al torrente de corrupción que amenaza invadirlo todo; lo que se nos pide es que estemos siempre al pie de la brecha, allí donde la Iglesia es atacada, para que nuestros pechos le sirvan de baluarte.

Esta causa santa, más santa cuanto más combatida, la defendieron nuestros padres, aquellos héroes, aquellas grandes figuras altivas y viriles; por ella lucharon, por ella hicieron toda clase de sacrificios, y por ella murieron gozosos. “¿Sabéis, preguntaba un día el conde de Montalembert en la cámara, sabéis lo que surge de todo el cieno que remueven nuestros enemigos? Surge el amor fecundo, generoso, inmenso hacia la religión que insultan. Y si se me permitiera citar a mí mismo como ejemplo, si se me preguntase en qué ocasión arraigaron en mi alma las convicciones que ante vosotros acabo de exponer con una audacia legítima, pero poco común, diría que fue el día en que vi arrancar la cruz de la fachada de las iglesias de París, arrastrarla por las calles y precipitarla en el Sena entre los aplausos de una multitud enloquecida. Yo acogí en mi corazón aquella cruz profanada, y juré servirla y defenderla. Lo que entonces me prometí a mí mismo lo hice después y lo haré siempre, Dios mediante”.

¿Estará colocado bien alto el ideal que os proponen? ¿No estará colocado más allá de las cumbres, sobre los caminos trillados en que vuestra alma languidecería?

In summis excelsisque verticibus, extra viam, según la hermosa frase de la Escritura. ¿No es el único capaz de satisfacer las más nobles aspiraciones de vuestra alma? Vuestra inteligencia, que aspira a la verdad, vuestro corazón, que

aspira al amor, vuestra conciencia, que aspira al bien, hallarán en él la verdad total, el amor eterno, el supremo bien, porque es a Dios a quien siempre hallaréis, y en El encontraréis la plena y completa satisfacción de los anhelos casi infinitos de vuestro sér. Dejad, pues, que el espíritu de Cristo os envíe su hálito y arrebaté vuestra alma. Tended la vela para recibir de lleno el soplo en ella, para avanzar, siempre hacia adelante, siempre hacia arriba. Será un día memorable aquél en que la juventud contemporánea ceda a esta nueva influencia. Saludo con emoción esa radiante aurora en que Dios, la Iglesia y la patria encuentren en la flor de nuestra juventud defensores y apóstoles.

Pensando en esta misión de la juventud, recordé los hermosos versos en que Alfredo de Vigny nos hace asistir a la muerte de Moisés:

*Prophète centenaire, environnée d'honneur,
Moïse était parti pour trouver le Seigneur,
on le suivait des yeux aux flammes de sa tête.*

.....
*Bientôt, le haut du mont reparut sans Moïse,
il fut pleuré. Marchant vers la terre promise,
Josué s'avavançait pensif et palissant,
car il était déjà l'élu du Tout-Puissant.*

El Moisés que desaparece es el pasado iluminado aún por las luces de la fe. El sér más débil perdido en los áridos desiertos de la indiferencia, alucinado por los engañosos espejismos de una ciencia a quien se le pide lo que no puede dar, pero fascinado sobre todo por el ídolo del placer, es nuestra generación, es el mañana.

La juventud de la época actual es la elegida por el Todopoderoso. En sus oídos resuenan constantemente estas palabras que impulsan a los pueblos hacia adelante: ¡Anda! ¡Anda!

Se dirá que todo esto es ilusión, un sueño. Y tal vez más de un anciano, examinando silenciosamente su larga vida y recordando cuán poco han dado los que tanto prometían, y sobre todo cuán difícil es evitar el mal y cuánto más difícil

todavía ejecutar el bien, sentirán tentaciones de repetir con Victor Hugo en sus cantos del "Crepúsculo":

*C'est peut-être le soir qu'on prend pour une aurore,
peut-être ce soleil vers qui l'homme est penché,
ce soleil qu'on appelle a l'horizon qu'il doré,
ce soleil qu'on espère est un soleil couché.*

¿Es una ilusión? ¡Sea! Pero la comparten hombres que saben lo que es la realidad de la vida y que deben haber perdido hace mucho tiempo los hermosos sueños de los veinte años. Ya no era un muchacho Chateaubriand, el hombre cuyo estilo mágico arrulló nuestra infancia, cuando escribía estas líneas: "A las generaciones santas de nuestros hijos toca reparar el mal que nosotros hemos hecho; la juventud valdrá más que nosotros si nos tomamos el trabajo de indicarle nuestros errores". Y a los jóvenes es a quienes ese anciano luchador que estaba siempre al pie de la brecha, el conde Alberto de Mun, dirigía estas palabras: "Creo que se prepara una gran transformación en la sociedad, un nuevo estado de cosas. A vosotros, amigos queridos, a vosotros que aparecéis armados con la juventud, la inteligencia y la audacia, os corresponderá guiar a esta nueva sociedad por la senda del Evangelio, a la luz de los dogmas infalibles de la fe. Preparemos resueltamente estas transformaciones sociales: ¡Adelante! ¡Hacia el porvenir! Formáis la juventud católica; no sois jóvenes para permanecer sentados sobre sepulcros y llorar sobre ruinas. Para llorar y gemir hay ya bastantes corazones lastimados por los desastres pasados; pero vosotros debéis velar junto a las cunas y salvar la nueva generación".

¿Es una ilusión? ¡Sea! Pero hasta la misma Iglesia es víctima de ella. ¿No funda en la juventud sus más caras esperanzas? Ella constituye el ejército de reserva que el día de la lucha decisiva lanzará al combate. ¿De cuántos cuidados no la rodea? ¿Ha habido alguna otra época en que haya hecho más por ella? Educa, previene, ejerce el apostolado...

Contestando a un mensaje de la Juventud Francesa, decía el Soberano Pontífice: "Confortados por los nobles sen-

timientos expresados en el mensaje que acaba de ser leído en vuestro nombre, damos gracias al Señor que, de cuando en cuando, nos proporciona tales consuelos y remedia nuestra flaqueza infundiéndonos el valor necesario para las luchas que tenemos que sostener.

"Porque vuestra promesa es verdaderamente consoladora para nosotros. Ella nos infunde la convicción de que, en medio de las dificultades con que batallamos en la actualidad, tendremos a nuestro lado en la lucha por el bien, jóvenes muy queridos que, unidos por el espíritu y por el corazón bajo los pliegues de su bandera, en la cual se lee la hermosa divisa: "Piedad, ilustración, acción", nos conducirán a la victoria".

¿Es una ilusión? ¡Sea! Pero ojalá hiciese muchas víctimas. Si hubiese entre nosotros menos consejeros y más obreros, menos muchachos que se cruzan de brazos y sueñan con el pasado, se lamentan del presente y desesperan del porvenir, y más jóvenes de alma entusiasta y generosa, capaces de sacrificarse por la causa de Dios, el mundo se habría salvado.

Lo más triste hoy día es ver a la juventud correr en masa hacia las cosas frívolas y alejarse de las serias; lo más triste es encontrar tanta despreocupación y tanto desconocimiento del bien en la edad de los generosos sacrificios. ¡Tántas aspiraciones y tántos sueños fútiles en la edad de los deseos nobles y de los impulsos sublimes! ¿Cómo no alarmarse y concebir temores al pensar en el porvenir de semejante juventud? Al llegar un joven a la madurez, la costumbre de no considerar las cosas más que por el lado agradable, de no amar ni buscar más que el placer, habrá embotado en él toda aptitud, no ya para el bien, pero hasta para el cumplimiento estricto y concienzudo de los más elementales deberes de la vida.

En nuestra época hay toda una colección de jóvenes a quienes se puede llamar *los inútiles*.

No bien hacen su aparición en el mundo, se dejan seducir por todas las bagatelas, por todas las futilidades. Ni han hecho nunca nada, ni hacen nada. Divertirse y dormir: tal es su vida. Su ocupación más interesante es leer la novela

de moda, estar al tanto de las conversaciones mundanas, asistir a bailes y a teatros y, si el tiempo lo permite, exhibir por calles y plazas su personita, de la que cuidarán con el mayor esmero. ¿Qué les importan todas las causas santas que hacen palpitar el corazón de una juventud selecta: la Patria, la Iglesia? La vida de esos jóvenes es una vida baldía en que sólo encuentran hastío; y aun pensamos si será lícito llamar a eso vida, ya que la simple razón nos dice que la vida no es solamente movimiento, sino que es también acción fecunda. Una existencia estéril o consagrada a bagatelas es, por lo tanto, la negación filosófica y la traición a la vida; es la abdicación de la dignidad de que Dios nos ha hecho depositarios confiándonos una partícula de su poder; es la muerte de nuestras facultades y de nuestros más nobles instintos. En efecto, esa vida inútil mata la inteligencia, porque el espíritu se embota y se enmohece en la inacción; mata la voluntad, porque la costumbre de hacer nada amengua la energía y relaja los resortes del alma hasta el punto de hacerla incapaz de todo sacrificio y de todo esfuerzo y, por último, mata el sentimiento porque, a fuerza de no pensar más que en nosotros mismos, llega a sernos indiferente todo, excepto nuestras propias satisfacciones.

¿Sabéis lo que piensan de esos seres inútiles los hombres que tan extrañamente indulgentes suelen ser para los vicios que Dios condena con severidad, que tienen sonrisas de complacencia para arrebatos y flaquezas que, ante la simple razón, no son otra cosa que la degradación de la dignidad humana? Los llaman *vagos*, y declaran que *no sirven para nada*.

Juzgando de esta suerte a los seres inútiles, la sociedad no hace otra cosa que seguir, aunque tal vez sin darse cuenta, la enseñanza del Maestro.

Una hermosa mañana de primavera iba Cristo, acompañado de sus Apóstoles por el camino que conducía de Betania a Jerusalén. El Salvador tenía hambre. Viendo de lejos una higuera, se acercó para coger algunos frutos, pero no encontró ninguno porque aún no era la época de los higos. Entonces Jesús, con severa entonación dijo a aquel árbol: *En adelante nadie comerá tus frutos*.

Esas palabras llenaron de asombro a los discípulos, pero ninguno se atrevió a hacer la menor observación al Maestro y, en silencio, prosiguieron su camino hasta la Ciudad Santa. Al anoecer, Jesús y sus discípulos regresaron a Betania. El sol se hundía ya y una semiobscuridad caía lentamente sobre la campiña envolviéndolo todo en un velo de misterio. Conmovidos por lo que había pasado durante el día, los discípulos no recordaban ya las palabras del Maestro. Veíanle lleno de ira y, armado de un látigo, arrojar ignominiosamente del templo a los mercaderes que profanaban la casa de su Padre; en sus oídos resonaba aún la embriagadora armonía de los *Hosannas* que habían estremecido los muros del templo; sueños de gloria terrena cruzaban por su imaginación; ya no pensaban en la maldición a la higuera, cuya silueta se destacaba sobre el polvo del camino.

Después de pasar la noche bajo el techo hospitalario de Lázaro, Jesús y los suyos volvieron a ponerse en camino dirigiéndose de nuevo a Jerusalén. Al pasar por donde estaba la higuera, los discípulos vieron que el árbol se había secado.

Maestro, exclamó Pedro, *la higuera que maldijiste se ha secado* (3).

¿Qué imagen tan impresionante de la inutilidad! ¿Qué hace el sér inútil en el mundo? Dios ha sembrado en él innumerables semillas de vida divina y de vida humana y, por culpa suya, no germinan. Dios le ha dado inteligencia y no la cultiva. ¿Por qué usurpa un puesto que otros podrían ocupar tan dignamente? ¿Por qué ha de poseer los bienes de que goza y que retiene para su provecho personal sin dar nada ni producir nada para los demás?

Por otra parte, condenarse voluntariamente a la inutilidad, ¿no es un crimen imperdonable en un joven, un crimen contra la esencia misma de la juventud, esa edad en que la vida llega a su grado máximo de intensidad? “La juventud es la edad en que soñamos con magnas empresas; la edad de las ilusiones generosas y de los amores ardientes, de las pasiones exaltadas y de los entusiasmos fáciles; es la edad de los arranques impetuosos que no conocen obstáculos; la edad en que creemos en el bien más fácilmente

(3) San Mateo, XXI, 11-22. San Marcos, XI, 12-15.

que en el mal, en que nuestras esperanzas no tienen límites y en que no conocemos las decepciones; es la edad en que adoramos algo, al Dios verdadero o a los dioses falsos, pero en que morimos por lo que adoramos sin cálculo ni pensar" (4).

Las causas de la enfermedad de la juventud contemporánea son múltiples. Pero, por fortuna, fáciles de estudiar, pues nada hay menos complicado que el alma de un joven.

Hagamos las distinciones debidas y admitamos que muchos muchachos no saben a qué consagrar su vida, no saben cómo utilizar para el bien los inmensos recursos de que disponen, únicamente porque han carecido de dirección o más bien, porque, sin darse cuenta, por timidez o por temor, se han sustraído siempre a ella. Mas, cuántos hay que no pueden alegar esa excusa.

Unos en los comienzos de su carrera se han detenido ante el primer banco de césped que los ha invitado al descanso y, adoptando la cómoda y desconsoladora conclusión del impío Renán, han dicho: "¡Es inútil afanarse para no conseguir más que cambiar de error! ¡Divirtámonos, puesto que tenemos veinte años!"

¿Qué ha sucedido entonces? Fácil es adivinarlo, y por consiguiente no hay para qué explicarlo. Arrastrados por el torbellino de la vida mundana y atraídos por la fascinación de los placeres, han perdido de vista el ideal que por un instante sedujera, tal vez, su alma pura aún. Han llegado a no creer más que en el placer y en el interés. No les habléis de lo que en la actualidad apasiona a lo más selecto de la sociedad; para nada quieren saberlo. Podría ser para ellos una traba, una perturbación. Corrompidos como están por el placer hasta la medula, corren a engrosar las filas de los egoístas. En ellos se ha extinguido el fuego del entusiasmo. Sólo son jóvenes por la edad; son escépticos, hastiados, viejos antes de tiempo. Podríamos aplicarles con entera justicia los versos de un poeta:

(4) P. Didon, O. P. *L'éducation présente*.

*C'était l'homme vieilli de races séculaires,
fils de la lassitude et des labeurs déçus,
et qui, désabusé des dons qu'il a reçus,
a des printemps plus froid que des hivers.*

Muchos jóvenes de nuestra generación no tienen más que una preocupación: *llegar*. Y, ante este fin que se proponen, fin más o menos remoto según las ambiciones de cada uno, todo lo demás desaparece. La vida se convierte en un negocio, mejor dicho, en un tablero de ajedrez. Sentimientos, ideas, convicciones, tanto las propias como las ajenas, son los peones que es preciso manejar sin emoción y que pueden ser sacrificados en caso de necesidad. Ya se dedique este joven práctico a la política o a los negocios, a la literatura o al arte, a los deportes o a la industria; ya sea militar, médico o abogado, para él no habrá más dios que su propia persona, ni más principio ni más fin. Sólo estimará el triunfo y, con el triunfo, el dinero. Ese joven es un monstruo, pues es ser monstruo no tener más que veinticinco años y por alma una máquina de cálculo al servicio de un instrumento de placer (5). El utilitarismo, que sacrifica cuanto hay de noble en la humanidad para no admitir más que cifras, es el error más abominable que puede enseñorearse de un hombre o de una sociedad, y la peor de las calamidades que pueden afligir a nuestra juventud. "Esas cualidades, mal llamadas excelentes, de pacífico burgués, meticoloso y egoísta, son el origen de todos los vicios. ¡Dios nos libre de una juventud sin ideales! No merecería el bello nombre de juventud. ¿No está hecha la juventud de todos los entusiasmos y de todas las vehemencias que nos inducen a despreciar el utilitarismo? Estar tocado de ese vicio es caer en la senectud, comenzar la existencia con el estigma de la decrepitud. Así como nacer ciego es peor que perder la vista después de nuestro nacimiento, puesto que, en el primer caso, nos vemos privados hasta del recuerdo de la luz, de la misma manera profesar el utilitarismo desde nuestra más tierna edad es más horrible que aficionarse a él en la vejez, porque aquel en quien han muerto por el lento des-

(5) Paul Bourget. *Le Disciple*. Prefacio.

gaste de la vida los nobles ideales, puede conservar por lo menos como un reflejo de ellos. El otro, por el contrario, el utilitario precoz nada conserva. Por lo tanto, será capaz de todo, incluso del deshonor, con tal que resulte provechoso" (6).

Otros, buenos en el fondo, profundamente cristianos, quizás virtuosos, tienen los síntomas de otra enfermedad igualmente contraria a la esencia de la juventud, y que tiene un nombre algo desagradable para nuestros oídos: *el pesimismo*. Cuando les habláis del apostolado en pro de la causa del bien, sorprendéis en sus labios, en respuesta a vuestros argumentos, un desconsolador *¿para qué?* No conseguiremos nada. Otros lo han intentado y han fracasado. Cumpliremos con nuestro deber, dicen, pero dejaremos a los demás hacer lo que les venga en gana.

Si todos pensaran lo mismo, ni los grandes patriotas, ni los santos, hubiesen hecho nada. Convinceos de que hay mucho que hacer y de que vosotros en particular podéis hacer algo. Y no lo haréis cruzándoos de brazos y repitiendo desde que amanece hasta que se pone el sol, con voz doliente, las palabras de uno de nuestros mejores poetas:

*Combien de temps, Seigneur, combien de temps encore,
verrons-nous contre toi les méchants s'élever?
Jusque dans ton saint temple, ils viennent te braver.
Ils traitent d'insensé le peuple que t'adore* (7).

Sólo conseguireis atajar el mal y promover el bien luchando virilmente, sin contar con un salvador imaginario.

Tal vez objetéis que vuestra intervención sería inútil, porque ¿qué pueden los buenos, que son tan pocos, contra la turba de indiferentes y de hostiles? "A eso os responderé que, precisamente por ser pocos, os corresponde empezar, dar ejemplo; que no debemos esperar a que una cosa se divulgue y vulgarice para consagrarnos a ella; que los que no saben hacer más que lo que hace todo el mundo, son excelentes para engrosar las filas de los soldados rasos; que lo que se necesitan son jefes, hombres resueltos que comiencen por poco, modestamente, pero con propósito firme de triunfar e

(6) Wagner. *Jeunesse*, pág. 90.

(7) Racine. *Athalie*.

indomable confianza en sí mismos. Estos van lejos; arrastran en pos de sí y guían a los demás, dan nuevo rumbo a la opinión, a las ideas, y su obra es tanto más duradera y eficaz cuanto más modestos hayan sido los principios y más reducida la esfera en que los primeros esfuerzos se han realizado. En saber hacer con alteza de miras cosas necesarias y pequeñas al principio está el secreto de hacer obras grandes y eternas".

Otros, por el contrario, se encastillan en un *optimismo necio*. Estos aseguran que todo marcha perfectamente. Todo está hecho o a punto de hacerse. Nunca ha sido mejor el mundo.

"¡Ah, los entusiastas del bien realizado que se duermen al arrullo de estas alabanzas retrospectivas! ¡Los perezosos enamorados del *statu quo*! ¡Los inocentes que quieren creer en la felicidad ajena para hallar en ella la propia!" (8).

Cuando reina la calma, cuando luce el sol, cuando no se siente un soplo de viento y las hojas de los árboles no se estremecen, comprendo que permanezcamos inmóviles. Pero, cuando surgen las doctrinas perversas y hasta el suelo tiembla, por más que nos tapemos los oídos, esos clamores nos aturdirán, y esas sacudidas nos harán vacilar a pesar nuestro. Hoy, nuestras creencias son públicamente atacadas o sor-damente minadas; todo lo que amamos es objeto de mofa y de escarnio; ni nuestros dogmas, ni nuestro culto, se libran de las críticas, del desprecio y de las burlas de la inmensa mayoría. Así, pues, no es ésta la ocasión de permanecer inmóviles. Tenemos el deber de prepararnos para tomar parte en la lucha por la causa de Dios.

Al lado de esa juventud que no sueña más que con el placer y el descanso hay otra que es la esperanza de la Iglesia y de la Patria y que sólo anhela luchar y sacrificarse. La fugaz visión del papel que está llamada a representar excita su ambición y su entusiasmo. Desea contribuir a la extensión del reino de Dios y a la regeneración de la patria, y ansía consagrar a esa santa causa su talento y su actividad. Su ideal es el mismo que hacía palpitar el corazón de ese hombre admirable que se llamaba Carlos de Montalembert:

(8) Ollé-Laprune. *Le prix de la vie*. (Ferrin, editor).

“¿Por qué no han de decir nuestros conciudadanos sobre nuestros sepulcros: “No vivieron para sí mismos, sino para su patria? ¿Por qué no hemos de sacrificarnos por nuestros conciudadanos ahora cuando la abnegación es cosa tan rara y virtud tan poco practicada? ¿Por qué no merecer ese elogio, el más hermoso que de labios de hombre pueda salir? Viviendo para nuestra patria, habremos observado la ley de Dios, que nos manda amarnos los unos a los otros. ¿Y qué mejor prueba de amor podemos dar a nuestros conciudadanos que consagrarles la vida entera? De esta manera habremos vivido para las dos cosas más hermosas y más grandes del mundo: “la Religión y la Libertad”.

“La libertad será nuestra pasión; nunca cesaremos de trabajar para consolidarla en nuestra patria. Ningún sacrificio nos hará retroceder cuando se trate de defenderla... Será el objeto de nuestra vida entera; nos consagraremos con entusiasmo infatigable a los estudios que puedan ilustrarnos y hacernos más idóneos para servirla... Viviendo para nuestra patria, habremos vivido para Dios; y el que vive para Dios y para su patria, puede morir sin dolor y sin sonrojo” (9).

*
* * *

¿Mas, porque hayáis salido del colegio, en el que durante algunos años —los más felices de la vida— vuestra juvenil inteligencia ha sido iniciada gradualmente en las ciencias divinas y humanas, no necesitaréis nada más?

Cualquiera lo diría al ver el afán con que ciertos estudiantes se deshacen de sus libros. Necesitan verse libres de ese peso insoportable. Por esta razón los ceden a mitad de precio a estudiantes más jóvenes, o se apresuran a llevarlos a las librerías de viejo para sacar por ellos unas cuantas monedas, con las cuales podrán despedirse alegremente de su vida de colegiales.

Porque han obtenido un título de bachiller, porque se han pasado seis años chapurreando el griego y el latín, admirando algunas obras maestras de la literatura antigua y moderna, fatigando su cerebro con la ingrata gimnasia de las ma-

(9) Montalembert. *Lettres a un ami de college.*

temáticas, se figuran que son unos sabios, que no tienen más que abrir la boca para pronunciar sentencias, y que ya no les resta otra cosa que hacer que darse a conocer. ¡Imprudentes! No tardarán en percatarse de su necedad. Comprenderán que no es a los veinte años cuando puede uno apreciar el alcance de las graves cuestiones filosóficas que preocupan a los espíritus selectos; que no es a los veinte años cuando puede uno darse cuenta de la gravedad de los problemas cuyas sucesivas soluciones han trastornado, ensangrentado, tranquilizado, revolucionado, pervertido o salvado al mundo.

¿Y en qué consiste la preparación intelectual? Así como desde el punto de vista físico un hombre no entra verdaderamente en posesión de todos sus medios de acción hasta que llega la edad viril, desde el punto de vista intelectual, no podremos dar, ni producir, ni ejercer influencia alguna hasta cuando hayamos llegado a lo que se denomina la “virilidad intelectual”.

“El sér humano llega a la edad viril cuando ha alcanzado su completo desarrollo. Podrá perfeccionarse; pero ya mide la talla de la cual no puede exceder: su crecimiento ha terminado. Se halla en posesión, en el pleno goce de todas las facultades, de todos los recursos propios de su condición. Ya tiene elementos para proveer a su subsistencia, tiene medios de asegurar su vida, porque es capaz de defenderse de sus enemigos y de luchar contra los obstáculos; es capaz de prosperar, de enriquecerse; puede hacer adquisiciones y conquistas y, por último, como ha llegado a la plenitud de la vida, puede propagar la vida, puede producirla” (10).

Sirviéndonos de ese ejemplo, tomado del orden natural, podemos comprender lo que es la virilidad intelectual. Es la plenitud de la vida del espíritu. Seremos verdaderamente hombres de espíritu viril cuando podamos emplear todos los recursos de nuestra inteligencia, cuando seamos capaces de pensar por nosotros mismos, cuando, para formar nuestro juicio, no tengamos que recurrir a nuestro vecino o a nuestro periódico, cuando podamos sacudir el tiránico yugo de esos fabricantes de ideas que nos persiguen por todas partes. La virilidad intelectual no consiste en cambiar a cada

(10) Ollé-Laprune: *La Virilité Intellectuelle.*

instante de principios acomodándolos a nuestros intereses, sino en tener principios muy arraigados de que nos daremos exacta cuenta, y que sabremos defender de los ataques de afuera; principios que practicaremos y que procuraremos inculcar a nuestros prójimos para que los practiquen.

Todos nuestros esfuerzos han de tender constantemente a adquirir esa virilidad intelectual, porque ella, según Santo Tomás de Aquino, constituye la perfección de nuestro espíritu. "La creatura, dice, tiene el privilegio de ejercer una especie de dominio sobre sí misma; es dueña de sus acciones. En tanto que las otras creaturas, las que no son racionales, se dejan arrastrar por las circunstancias en lugar de obrar por su propia voluntad, la creatura racional se impone a las circunstancias y ejerce libremente su voluntad" (11).

"¡Cuán raros son entre nosotros los hombres de espíritu viril, los que piensan por sí mismos! El famoso "*magister dixit*", del que tan mal nos han hablado y al que nos han representado con horror y compasión al mismo tiempo, como símbolo de esa época de barbarie y de oscurantismo en que los espíritus eran esclavos, no ejerce en muchos de nuestros compatriotas tiranía menos terrible. Y esos maestros que llegan a ser una autoridad, ¿valdrán lo que aquellos colosos de ciencia y de inspiración, gloria inmortal de la Edad Media? Y las oficinas donde se elaboran esos juicios sin apelación sobre las cosas y los hombres, ¿serán centros de vida intelectual intensa, como lo eran nuestras Universidades en aquella época? Nunca se ha visto la inteligencia reducida a tan innoble esclavitud como en estos tiempos en que se proclama a voz en grito la libertad de pensamiento. Las fórmulas ya hechas que circulan con profusión en nuestra sociedad, ejercen sobre nosotros increíble imperio. Lo que ahora hace fortuna no son las ideas, sino las palabras. Cuanto más sonoras y vacías de sentido, son mejor; con ellas se deslumbra a la muchedumbre: tal es la miseria intelectual reinante. Lo que sobra ahora son oradores y escritores, o, mejor dicho, hombres que han convertido la oratoria y la literatura en un oficio. No hay uno de esos pseudo-literatos que no se meta a hablar de todo sin haber estudiado nada. También abunda

(11) Contra gentiles: Libro III, cap. CXI.

lo que podríamos llamar *estilistas*. ¿Qué saben? Escribir frases o declamarlas. Tienen moldes hechos y los aplican a todo. Tal escritor, que quizás no sepa ni el catecismo, se creará en disposición y con derecho a tratar las más graves cuestiones religiosas como si hubiese envejecido en el estudio de la teología. Tal otro, que nunca ha visto una batalla, como no sea en un periódico o entre soldados de plomo, se meterá a hablar de estrategia lo mismo que un general. Tal periodista o tal novelista, que habían de contentarse con escribir sus artículos políticos o con planear imaginarias intrigas, se las echarán de estadistas y de reformadores. Y lo más triste es que todos esos hombres toman su papel en serio".

Es difícil, hay que convenir en ello, resistir a las influencias de esos reyes del día, sobre todo cuando, además de la audacia de la palabra, poseen la fuerza que da la autoridad.

Muchos, al verse ante un hombre cubierto de áureos bordados y con el pecho colmado de condecoraciones multicolores, que dogmatiza acerca de todo con tanto mayor aplomo cuanto que no sabe una palabra de nada, dudan de sí mismos y se imaginan que tal vez aquellos señores tengan razón.

Otros se dejan alucinar por todo el aparato científico, por todo el fárrago de fórmulas y de cifras de que no entienden nada. De tal suerte disfrazadas, hasta las más disparatadas afirmaciones los dejan estupefactos.

¿Cómo llegar, a pesar de todo, a esa virilidad intelectual que nos permitirá conservar la libertad de espíritu necesaria para distinguir entre toda esa palabrería lo verdadero de lo falso?

Si queremos que la inteligencia alcance su completo desarrollo, prestémosle el alimento y el cuidado que reclama. Las ideas son el pan de la inteligencia. Y las ideas hemos de adquirirlas, porque no vienen solas; debemos asimilárnoslas, surtirnos de ellas.

Adquiramos ideas, el mayor número posible de ellas. Nos lo aconseja Santo Tomás: Acumulad en vuestra mente, dice, la mayor suma posible de conocimientos. No conocimientos superficiales, sino exactos, profundos. No nos dejemos

seducir por esas fórmulas vagas y confusas que nunca llegan a comprenderse y que, muchas veces, nada quieren decir. Cuando estudiemos, no nos declaremos satisfechos hasta no haber comprendido; tratemos de descubrir la verdad, esforcémonos en ir siempre más allá, al fondo de las cosas, hasta el límite que al espíritu humano le es dado alcanzar.

Es preciso adquirir ideas. Además, es necesario conocer el error para refutarlo; pero, al ponernos en contacto con las ideas modernas, tenemos que usar de mucha circunspección. No es inoportuno recordar a los jóvenes el prudente consejo que, hace algunos años, daba M. Ollé-Laprune: "Para influir sobre nuestra época, necesitamos conocerla. El deseo de influir en los espíritus podría inspirarnos la tentación, sobre todo en los comienzos, de conocer las objeciones, las dudas y el error antes de conocer suficientemente la doctrina. Y eso es peligroso.

"Necesitamos conocer las ideas, los problemas contemporáneos; pero no debemos precipitarnos a conocer el error a pretexto de extirparle, de refutarlo, sin haber empezado por asegurarnos un profundo conocimiento de la verdad; porque, conociendo a fondo la verdad, podemos profundizarlo todo, podemos estudiar el error; en tanto que, familiarizándonos con el error tan sólo, quedaremos incapacitados para darnos cuenta de la verdad, para distinguirla".

Mas, "¡Pensar por sí mismo! . . . ¡Oh, cuán difícil y cuán peligroso es! La primera vez que el joven tiene una idea que cree suya, se queda asombrado, lleno de admiración, y poco le falta para mirar con desdén todo lo demás. Es una especie de embrujamiento, de deslumbramiento, y algunos espíritus débiles no saben sobreponerse a él. Sí, jóvenes; estáis en una edad en la que, según la hermosa frase de Malebranche: *una antorcha parece más grande que una estrella*. Esa antorcha podéis encenderla vosotros con vuestra labor intelectual y, como os parecerá completamente vuestra, corréis peligro de creerla más grande que una estrella" (12).

No nos dejemos alucinar de esa manera. Reconozcamos que, antes que nosotros, hubo hombres que pensaron igualmente por sí mismos, y que también los hay ahora en torno

(12) Ollé-Laprune: *La Vitalité Chrétienne*, pág. 119.

nuestro. En lugar de aislarnos con necio orgullo, dejemos llegar hasta nosotros la irradiación de esas nobles inteligencias.

No tenemos por qué avergonzarnos de necesitar las enseñanzas de otros. Es una ley universal. "Si ciertas cosas se aprenden sin maestro, sin él no podremos dominar una ciencia, no podremos completar nuestra educación. Nadie, por grande que sea su talento, puede ser maestro de sí mismo: el genio abandonado a sí mismo es tan pródigo en equivocaciones como en descubrimientos. Hasta el mismo genio necesita del auxilio de hombres seguros de su sistema y de estudios metódicamente dirigidos. Necesita maestros para llegar a su completo desarrollo. El principio de autonomía debe, pues, completarse siempre con el principio de autoridad; esto es necesario, es normal, tanto en el aprendizaje del saber y del arte, como en la vida de la familia y del Estado" (13).

Frecuentando el trato de los colosos del pensamiento llegaremos a ser *más fuertes*. "Nuestros maestros no son simples guías que nos muestran el camino sin poder suplir con otra cosa que con palabras nuestra falta de fuerzas. Por el contrario, nos infunden las fuerzas de que carecemos, influyendo de una manera directa en el desarrollo de nuestro espíritu y enseñándonos a pensar. Así como al escalar una montaña subimos apoyados en el guía y, con su ayuda y a fuerza de trepar, nuestras piernas se robustecen y nuestro paso se hace más seguro, con un maestro y, merced a su ayuda, las nociones adquiridas se convierten en fuerzas vivas de la inteligencia. Un maestro es un guía que nos hace fuertes por medio del ejercicio: no es ese simple iniciador de influencia superficial y como accidental. Un maestro es un manantial de vida para nuestra inteligencia" (14).

Y al invitaros a solicitar las enseñanzas de los maestros no os pido que renunciéis a vuestra personalidad. En primer lugar, no estáis obligados a aceptar sin previo examen cuanto os propongan; disponéis de las luces de vuestra fe y de vuestra razón: en vuestras manos está el hacer uso de

(13) Santo Tomás de Aquino: *De Veritate*. C. XI, art. 2º.

(14) Santo Tomás, III, II a. C. X., art. 12. Véase también: *Revue Thomiste*.

ellas. Al mismo tiempo que aprendéis por influencia ajena, debéis examinar por vuestra propia cuenta lo que os enseñen.

Cuando no encontremos la solución de un problema a pesar de haber meditado profundamente sobre ella, seamos lo bastante sencillos y lo bastante humildes para ir a consultar al hombre a quien hayamos elegido y a quien llamaremos el padre de nuestra inteligencia. . . Casi todos los grandes hombres han encontrado en un día dado uno de esos seres que estimulan, que despiertan ideas, uno de esos hombres que, según frase de Paul Bourget, experimentan una emoción de inventores, de artistas, al descubrir un genio y cuyo mayor goce está en realzar los contornos, dar los últimos toques a lo que hasta entonces no era más que un boceto, cooperar al completo desarrollo de esa noble flor humana.

*
* *

La necesidad de saber se hace sentir aún más, si aspiramos a figurar en las clases directoras.

“El saber ha sido en todo tiempo una fuerza social de primer orden. La inteligencia ha sido siempre, como el calor del sol, bienhechor o tórrido, un germen de fecundidad o de muerte. Pero nadie se atreverá a negar que hoy el saber lleva en sí mismo y confiere al que lo posee una influencia más completa y más fecunda” (15).

Cualquiera que sea la posición social que ocupéis, si ambicionáis dirigir las masas o simplemente ejercer alguna influencia sobre vuestros semejantes, no contéis con la fuerza bruta; con ella podréis dominar, pero no tendréis autoridad moral alguna; no contéis tampoco con la fortuna, y menos aún con la nobleza de vuestra cuna, porque con eso podréis atraeros las voluntades y, en caso de necesidad, comprar a los hombres, pero no ejerceréis sobre ellos verdadera influencia; contad, ante todo, con la instrucción, con la cultura, con el saber. “Si carecéis de cultura, si a la superioridad de vuestra condición no sumáis la superioridad de los conocimientos adquiridos, no seréis para los hombres a los cuales ha-

(15) A. D. Sertillanges: Nos vrais ennemis.

béis de dirigir, sino uno de tantos obreros que no sabe mucho más que ellos. Habréis perdido todo prestigio a sus ojos y si aún se inclinan ante vosotros tened la seguridad de que ya no os hacen el menor caso” (16).

Y dediquemos un puesto de honor a la religión en nuestros estudios diarios. Cultivemos esta ciencia bajo todas sus formas: la teológica, la histórica y la apologética. Aprestemonos a responder con argumentos perentorios e irrefutables a las objeciones más en boga. No permitamos que ni la duda más leve arraigue en nuestro espíritu; en cambio, esforcémonos en la medida de lo posible por hacer la luz en todas las cuestiones.

“Si la religión, decía un día el P. Didón, pierde en la mente de la juventud culta el lugar que tiene derecho a ocupar, todo habrá concluído; desterrada hoy de la inteligencia, lo será mañana del corazón: en lo sucesivo sólo será un sentimiento más o menos respetable, una fuerza inútil y seguramente sin influencia eficaz. Por vigoroso que sea, el árbol arrancado de raíz no tarda en secarse. No esperéis ya de él fruto ni sombra; sólo sirve para cortarlo en pedazos y arrojarlo al fuego. Ahora bien: *la doctrina es la raigambre de la religión*”.

Para ser siempre campeones invencibles de la verdad, para defender vuestra fe contra las tinieblas que querrán asaltarla y ahogarla, para conservar vuestra libertad y no ceder nunca a humanos respetos, necesitáis de *valor*; es decir, una energía indomable que no retroceda ante ningún peligro. Si no tenéis alma bien templada, será inútil que os presentéis en el campo de batalla, porque pronto se encenderá vuestro rostro con el rubor de los cobardes, abandonaréis la causa que jurasteis defender y, lo que es peor, os pasaréis al campo enemigo. ¿Qué os infundirá ese valor? La firmeza y profundidad de vuestras convicciones religiosas, pues el valor no tiene razón de ser sino en cuanto está al servicio de una convicción. “Ya nadie tiene energía, escribía Teodoro Jouffroy, y no la tiene nadie por la razón sencilla de que de los dos elementos que constituyen la energía: firmeza de ca-

(16) Mons. Baurard. Le college chrétien. (Poussielgue, Paris).



rácter y principios arraigados, falta el segundo, con lo cual el primero resulta inútil”.

*
* * *

Nadie negará que en nuestras sociedades modernas el progreso material ha alcanzado un desarrollo hasta ahora desconocido. Pero respetando estos hechos consumados y ensalzándolos en cuanto contribuyen al progreso de la sociedad, no podemos menos de preguntarnos cuál ha sido el destino del hombre en medio de esta revolución militar y económica.

¿Ha mejorado? Lo que constituye el hombre, su inteligencia, su voluntad, su corazón, ¿han progresado en igual medida? Y como una nación no es grande sino cuando lo son los individuos que la integran, si el progreso material no ha servido para perfeccionar al hombre, debemos deducir que tampoco ha contribuido a hacer más perfectas las naciones.

Es regla general que la elevación de un espíritu depende de la nobleza de los pensamientos que le ocupan. Nos asimilamos las cosas que contemplamos. El hombre está hecho a imagen de lo que ve y a medida de lo que desea. ¿Qué es lo que hoy día nos preocupa? ¿Acaso afirmar la voluntad y ennoblecer el corazón? . . .

Lo que quiere la mayoría de los hombres, salvo contadas excepciones, es el acrecentamiento indefinido del bienestar. ¿Qué sucede? El pensamiento desciende al nivel de lo que le preocupa, de la materia. Según una expresión pintoresca, *la inteligencia se aburguesa*. Ya no hay ambición; se huye de las cumbres, en las cuales se corre el peligro del vértigo, para recorrer los caminos enarenados y los vergeles. Y, juntamente con la inteligencia, todo degenera: los gustos, las artes, la literatura. Lo que se necesita es dinero, beneficios, goces. Hizo su aparición, primero, la codicia, la siguió de cerca el lujo, y no tardará en llegar la corrupción de las costumbres. Porque al descenso del nivel intelectual corresponde casi infaliblemente el del nivel moral. Las almas, enervadas, entumecidas por el exceso de bienestar, no frecuentan ya las alturas donde pueden respirar el aire puro del

ideal. Se acabaron los nobles arrebatos, las sublimes exaltaciones de la mente; sólo impera lo trivial, lo vulgar; el corazón ya no siente, ya no palpita, sino que se endurece y se torna egoísta. “¿Dónde están hoy los gustos refinados, los generosos esfuerzos, los heroicos desprendimientos, el imperio del espíritu sobre la carne y de Dios sobre el espíritu? Mirad en torno vuestro y veréis lo que resta de delicadeza y de generosidad en esta frivolidad y esta indiferencia, en este culto a la fuerza, en este amor apasionado a los placeres” (17).

Cuando se eleva el nivel intelectual, todo se dignifica; cuando desciende, todo degenera. Los pueblos donde la mentalidad declina, no tardan en caer en la decadencia. Son pueblos frívolos, corrompidos, condenados a todas las invasiones y a todas las esclavitudes. “Las letras, ha dicho el Padre Lacordaire, son el “paladium” de los pueblos que merecen el nombre de tales y cuando Atenas nació tuvo a Palas por divinidad. Sólo los pueblos que están próximos a perecer no conocen su valor porque, colocando la materia por encima del espíritu, no ven ya lo que ilumina, ni sienten lo que conmueve. Pero en los pueblos llenos de vida, las letras son, después de la religión, el principal tesoro público, el aroma de la juventud y la espada de la edad viril” (18).

Si sentís la legítima y patriótica ambición de ver a vuestra patria poderosa y próspera, ocupando el primer puesto entre las naciones civilizadas, esforzaos en elevar el nivel intelectual de los hombres. Al mismo tiempo contribuiréis a ennoblecer las aspiraciones y los deseos del pueblo. Le sacaréis de esa situación miserable en que se arrastra, y que ha sido engendrada por un contacto demasiado prolongado con la materia. Haréis germinar en su corazón sentimientos generosos, y entonces veréis cómo el pueblo se aleja con repugnancia de todas las frivolidades con que intentan distraerle y que matan lo mejor de su espíritu y su buen sentido. Sentiréis vibrar su alma por todo lo que sea grande. Las causas sagradas de la patria, de la justicia y de la verdad encontrarán en el pueblo muchos y valientes defensores. De ese modo habréis contribuido a hacer a vuestra patria verdadera-

(17) P. Ollivier, O. P. Conf. en N. S. de París.

(18) Padre Lacordaire: Sexta Conferencia dada en Tolosa.



mente grande, porque del seno de esa masa laboriosa, animada de pensamientos elevados y nobles aspiraciones, surgirá una pléyade de hombres ilustres, obreros útiles a su país y cuya gloria desafiará el olvido y el silencio de los siglos.

Jóvenes, la misión que debéis cumplir es hermosa. Sabréis llenarla animosamente. Vuestros estudios os imponen esta obligación, y os otorgan ese honor.

F. A. VUILLERMET

